

UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

K. Cestar 1. XII. 69

Discurso pronunciado por el Rector de la Universidad
Católica de Chile, Fernando Castillo Velasco, con
ocasión de la entrega de títulos.



Santiago, 1° de Diciembre de 1969. -

Señores:

La Universidad realiza este día un acto cuyo simbolismo trasciende la entrega de los títulos que ustedes reciben: es la expresión de nuestro compromiso con el país. Significa el resultado de enormes esfuerzos; de la cooperación del pueblo de Chile y la Iglesia que hacen posible la Universidad, de los profesores, alumnos y funcionarios que con su trabajo diario la hacen vivir y servir a la comunidad.

Yo quisiera hablar de esa Universidad que es la obra de tantos aportes. De su historia en los últimos tiempos, que es la historia y el proyecto de su Reforma.

Desde Agosto de 1967 la Universidad está en Reforma. Sacudida por una profunda crisis, optó hace dos años por el camino más difícil: decidió transformarse y empezó una nueva etapa en su historia. Impulsada por la audacia y la generosidad de muchos jóvenes, prefirió el riesgo de construir un futuro que para algunos parecía inalcanzable, a mantener un presente que llevaba a la Universidad, inexorablemente, al fracaso.

El comienzo no fue fácil. Porque una Reforma es un proceso muy complejo, porque en la reforma intervienen factores muy diversos y variados, una cantidad de pensamientos y de métodos, hombres muy distintos, variadas circunstancias que determinan el proceso. Porque la Reforma se construye sobre una realidad y hay necesariamente choques y conflictos, y las viejas ideas se oponen a las nuevas, y se cometen errores y siempre hay quienes quieren aprovecharse de esos errores para anunciar el fracaso de la reforma.

Sólo con el tiempo la Reforma impuso sus ideales y su estilo. La Universidad comenzó a vivir una nueva historia. Se dejaron atrás los prejuicios y se corrigieron errores. En todas partes surgieron profesores y alumnos que querían colaborar honestamente en la tarea. No nos reunía ninguna ideología política. Porque la Reforma había declarado, desde el primer momento, su completa independencia. Y los hechos mostraron que no se trataba sólo de palabras. En dos años de Reforma, la Universidad ha conquistado plena autonomía; no tiene otros dueños que los que trabajan en ella: los profesores, los alumnos, los funcionarios.

El Movimiento de la Reforma es, sobre todo, una fuerza universitaria. Es la acción de aquéllos que, bajo una misma inspiración y compartiendo algunos valores fundamentales, están decididos a asumir la responsabilidad de fundar una Nueva Universidad. La Reforma ha sido posible y ha tenido éxito gracias a todos ellos, que son la mayoría inmensa de nuestra comunidad universitaria. La Reforma no es lo tanto la obra de unos pocos, no es el patrimonio de nadie. Es el resultado del esfuerzo colectivo de profesores, alumnos y funcionarios, unidos en un mismo espíritu, hermanados en el ideal de cambiar la Universidad, impulsados por la vocación de servir al país.

Este Movimiento universitario se ha propuesto transformar la Universidad, en sus tres aspectos fundamentales:

1. el de sus estructuras, que constituye el soporte de toda la institución;
2. el de los valores, ideas e ideales que dan sentido a la institución, orientando la acción de sus miembros, y
3. el de sus relaciones con la sociedad.

Durante los dos primeros años, nuestra acción se ha concentrado en la modificación de las estructuras universitarias. Era necesario partir por ahí, para crear las condiciones que nos permitieran más adelante avanzar y profundizar el proceso de Reforma. Era necesario sustituir modelos caducos de organización universitaria, que estaban frenando y esterilizando el trabajo de los universitarios. Por eso nos esforzamos durante este período en la reestructuración académica y administrativa de la Universidad. Era imprescindible hacerlo. Había que dar lugar al trabajo científico en la Universidad, impulsar la investigación, fomentar la creación de estructuras más flexibles que respondieran al dinamismo de la Reforma. Había que crear sistemas más eficientes de administración, racionalizar las funciones, dotar al gobierno universitario de medios suficientes para actuar con agilidad.

Ahora se empiezan a ver los frutos de este trabajo. La Universidad está adquiriendo una nueva fisonomía. Se han creado los primeros Institutos y antes del 31 de enero estarán formados la mayoría de ellos. Eso significa un cambio importante. Significa haber instalado las estructuras académicas capaces de enfrentar el desafío de hacer progresar la ciencia. Significa haber dado el primer paso hacia la superación de la Universidad que sólo forma profesionales; que no renueva los conocimientos que enseña; que vive de la rutina.

Se modificó la estructura del régimen de enseñanza que existía en la Universidad. Ahora el alumno es libre para componer sus programas de estudio. No entra a seguir un itinerario rígido, que sólo lo capacita para el ejercicio de destrezas específicas, sino que la Universidad le ofrece un campo de formación abierto.

Se trata ahora de formar no solamente profesionales, sino mejores profesionales, pero también científicos y artistas. Y que todos ellos sean capaces de comprender el mundo en una visión cultural enriquecida por los aportes de diversas disciplinas. Que el ingeniero y el médico y el profesor de enseñanza media sean hombres con la formación suficiente para captar los procesos fundamentales del mundo que los rodea, para vivir con igual pasión el ejercicio de su profesión y los valores del arte y la cultura.

Pero no es cierto que la Reforma sólo haya abordado el cambio de las estructuras. Cambiarlas implicaba transformar ya el sentido de nuestro trabajo.

Implicaba cambiar nuestras conductas y actitudes. Y eso ha estado ocurriendo. Tal vez no con la rapidez que algunos imaginaban. Seguramente sin la profundidad que queremos y a la cual aspiramos. Pero tenemos la seguridad de haber puesto en marcha un proceso que será difícil detener.

Empieza a ser el otro el sentido de nuestro trabajo. Todos nos exigimos más. Hemos elevado el nivel de nuestras responsabilidades. Y eso es lo más fundamental. Una Reforma auténtica se mide por las exigencias que produce. No porque disminuye las responsabilidades sino porque las aumenta. No porque rebaja la calidad y la disciplina del trabajo, sino porque las aumenta.

Estamos aún lejos de la meta que nos hemos propuesto alcanzar. Quereinos definir cada día con mayor precisión la imagen del hombre que la Universidad habrá de formar. Un hombre que sea a la vez diestro en el manejo de los conocimientos y las destrezas específicas de su profesión y culto, en el más pleno sentido de la palabra. Que vive con honestidad sus propios ideales al servicio de la transformación del país. Que no siente ajenos el dolor y la frustración de todos aquéllos que nuestra sociedad ha mantenido al margen del bienestar, de la cultura y el poder.

Tendremos que revisar el contenido y los métodos de nuestro trabajo, para hacer posible la formación de ese nuevo hombre. Y sobre todo, tendremos que cambiar nosotros para adaptarnos a la tarea que nos imponemos.

También han cambiado sustancialmente las relaciones de la Universidad con su medio social. Hemos dejado de ser una isla impenetrable en el archipiélago de los conformismos para convertirnos en parte comprometida de nuestra realidad política, social y cultural. No hemos por eso abandonado nuestra independencia. No hemos renunciado a nuestra tarea tampoco. En verdad, hemos enriquecido nuestra autonomía y hemos enriquecido nuestro trabajo propio.

En comunicación con todos los sectores de la comunidad nacional, hemos aprendido a reconocer nuestra imagen y a respetar la de otros. Hemos abandonado prejuicios y hemos demostrado estar honestamente interesados en el desarrollo del país, en la superación de las injustas divisiones sociales, en convertir la cultura en una forma de vida de todo el pueblo y no en patrimonio de unos pocos.

La Universidad se ha convertido por eso en un centro de agitada vida intelectual y artística. Sus puertas están ahora abiertas a todos los que tienen una experiencia que entregar o una palabra que decir en favor de la justicia, de la paz y de una sociedad que sirva los intereses de su pueblo. Nuestro compromiso es continuar en esa dirección. Con lealtad hacia los valores que animan la Reforma, con respeto estricto por la autonomía de la Universidad

y con la decisión muy firme de ponerla -cada día más- al servicio de todos.

Toda esta obra, rica en hechos y fortalecida por sus errores, es la obra de nuestra comunidad universitaria: de los profesores, alumnos y funcionarios que la han hecho posible y que con su trabajo la proyectan en el futuro. Nosotros somos parte de esa comunidad, respondemos a sus impulsos, tenemos la responsabilidad de encauzar sus energías.

La autoridad no es un privilegio: es la mayor cuota de responsabilidad. Nosotros no fuimos elegidos para ocupar determinados cargos, sino para ser portadores de un compromiso y de una misión. Seremos autoridad mientras contemos con el respaldo de la comunidad para cumplir con ese compromiso y orientar a la Universidad en su Reforma. Ni un día más. No tenemos otro poder que el poder de la comunidad organizada; otra energía que la energía de la Universidad volcada tras un objetivo común; otro ideal que el ideal de la Reforma.

Porque esta es nuestra concepción de la autoridad fue que impulsamos la democratización del poder universitario desde el primer día de la Reforma. Tenemos fe en la democracia. Conocemos también sus riesgos. Habrá quienes quieran abusar de la libertad que ella otorga, sin asumir las responsabilidades correlativas. Habrá quienes en nombre de esa misma democracia, buscarán volver atrás para imponer otra vez una autoridad extraña a quienes trabajan en la Universidad. Nosotros estamos dispuestos a enfrentar esos riesgos, porque sabemos que la mayoría nos acompañará en esa hora. Porque estamos profundamente convencidos que es ésta la única manera de gobernar y de hacer cambios, de construir una Nueva Universidad.

Se ha hablado y escrito mucho en estos años de la crisis de autoridad; que "el principio de autoridad" estaría siendo socavado y destruido por quienes quieren imponer el desorden y la anarquía.

La experiencia de nuestra Universidad es diferente. La autoridad se destruye cuando pretende imponer su voluntad arbitrariamente, cuando quienes la detentan no confían en los gobernados, cuando se apoya en minorías y desconoce las necesidades del progreso y las justas aspiraciones de la mayoría. En fin, cuando la autoridad reprime más que encauza; impone y no propone; frena las energías en vez de orientarlas; separa y no congrega. Ese estilo de ejercer la autoridad está en crisis. No la autoridad.

Nosotros también hemos tenido momentos difíciles y problemas que enfrentar y crisis. Pero hemos recurrido a la comunidad, hemos consultado, hemos dialogado, hemos tratado de persuadir y no de imponer medidas arbitrarias. Lo haremos así cada vez que sea necesario. Porque entonces el conflicto y el choque de ideas se transforman en algo positivo. Entonces cada cual asume sus propias responsabilidades y lucha por lo que cree correc-

to y justo. Entonces la disciplina es fruto del compromiso y no del rigor de la fuerza. Es voluntad libre de participar y no una odiosa tutela.

En dos años la Universidad Católica ha impulsado transformaciones que determinan su futuro y ha marchado con regularidad y orden. No hemos vivido en querellas, paralizados por las disenciones. Cada oportunidad de conflicto ha sido un momento de repensar nuestra acción, de corregir errores, de fortalecer nuestra convicción en la Reforma. Por eso tenemos fe en la tarea que estamos desarrollando.

Yo quería que todos ustedes, especialmente los jóvenes que hoy reciben sus títulos, comprendieran el sentido de la acción que estamos desarrollando. Que la Universidad les mostrara su espíritu más auténtico: su vocación de Reforma.

La Universidad se prolonga en ustedes. Ustedes serán sus portadores en los múltiples campos de la vida profesional. Ustedes, y todos los que les seguirán, podrán dar un reflejo de ese nuevo espíritu que anima a la Universidad. A través de un compromiso leal con sus convicciones, haciendo del trabajo un servicio que dignifica. El título que reciben no es un privilegio y sólo una sociedad organizada sobre bases que dividen sistemáticamente a los hombres puede considerarlo así. No es un privilegio, porque todo trabajo es digno. Porque toda actividad humana hecha con pasión y honestidad debiera ser considerada igual. Ninguna está por encima de las otras y si algunas se convierten en fuente de situaciones privilegiadas, ello sería una razón más para trabajar por la transformación de un mundo donde eso es posible.

El esfuerzo de ustedes y el nuestro será entonces una misma obra. Esperamos, confiadamente en Dios, que así sea.